

A Ñ O O L I M P I C O

Estamos en pleno año olímpico, año de ilusiones, de éxitos y de fracasos, que como en las piezas teatrales arrastra en su desenlace no solo a los protagonistas, sino a todo un mundo de técnicos, directivos, organizadores etc. . Nuevamente volverán a someterse a la despiadada y fría objetividad crítica del cronómetro o la cinta métrica, las técnicas de entrenamiento, los métodos de preparación física, todo ello entremezclado, a veces desordenadamente, pero rigurosa y ciertamente presidido por los más complejos problemas biológicos del hombre, encasillados más o menos felizmente en conceptos puramente mecánicos.

El éxito, el fracaso y la crítica, factores todos ellos ligados al hecho agonístico, fueron hasta hace relativamente poco tiempo azares de un juego del que el único responsable era el propio protagonista, pero en la actualidad la complejidad y el tecnicismo de los modernos sistemas de entrenamiento, la grandiosidad de las instalaciones, el carácter multitudinario de las manifestaciones deportivas, y las consecuencias económicas directamente derivadas de los hechos precedentes, han elevado al deporte a un rango social que desborda los límites de la pura y simple competición, o por mejor decir, han complicado en la competición a estratos sociales ajenos específicamente al deporte, lo que justifica aunque quizás no disculpe un extremismo desmesurado.

La Medicina, presente tan sólo hasta hace poco tiempo, en un ocasional desenlace dramático del hecho agonístico, se ha visto también complicada con la incorporación al deporte de las más modernas técnicas de control en el estudio mecánico del movimiento humano -desde la exploración reactométrica del tiempo de reacción y cronaxia en los velocistas, hasta el control electrónico de los saltadores de altura, pongamos por ejemplo-, la aportación de la fisiología neuro-muscular y cardio-respiratoria a los modernos sistemas de entrenamiento; la valoración biológica y psicotécnica en clínica; la investigación de los fenómenos de fatiga y de adaptación funcional al esfuerzo; la "restitutio ad integrum" y la más rápida incorporación a la vida activa del

deportista lesionado, etc.. De esta forma el médico, de mero espectador del hecho deportivo ha pasado, un poco a remolque de las circunstancias y casi sin proponérselo, a ser partícipe del mismo, cargando también con una responsabilidad de la que antes estaba exento.

Esta rápida y quizás excesivamente personal visión de la situación deportiva actual, nos lleva de la mano a hacer una justa revisión en este año olímpico, por que éste, sirve, a manera de reválida, de las experiencias adquiridas durante cuatro años, en nuestra condición de profesionales médicos. Indudablemente no podemos estar al margen de una actividad humana con raíces médicas tan profundas, sobre todo porque se trata de una actividad que reclama nuestra presencia y nuestra dedicación, pero lo que no creemos sea prudente, ni aconsejable, es que el médico se vea complicado tanto en el hecho deportivo, que llegue incluso a anular en él la serenidad de juicio que debe presidir su ejecutoria profesional, ni que se le pueda hacer responsable del éxito de una subida al "podium" o del fracaso de un abandono. Su misión en el deporte no debe ni puede quedar limitada a la estrecha mira de unos resultados individuales o de pequeños grupos, más o menos brillantes -aunque en otras esferas esto sea de vital importancia-, sino a la amplia y profunda visión de la influencia de la actividad deportiva en la salud mental y física de masas enteras. En la orientación y el asesoramiento de los planes formativos de estas masas, en el control periódico de los deportistas, sean o nó olímpicos, en la seria investigación de los problemas inherentes al esfuerzo, ahí reside un buen banco de pruebas para comprobar la verdadera eficacia de la Medicina Deportiva y de los profesionales que a ella dedican su vocación y sus específicos conocimientos... La misión de aquella y la labor de éstos no puede jamás ser medida por el número de medallas conseguidas en una Olimpiada.

J. G.